

# «Yo no lo hubiera hecho así»

MANUEL MONTERO

En nuestros partidos la autonomía del jefe es plena. No elige entre las distintas opciones que marcan el programa y la ideología del partido, sino que tiene capacidad para decidir incluso contraviniendo las posturas doctrinales

**E**l reproche de Rubalcaba a Zapatero por el modo en que ha decidido la reforma constitucional (o por esta misma) es la frase más interesante que la política española ha pronunciado en mucho tiempo. No sólo porque transmite la inquina que el candidato debe de sentir hacia el predecesor que le ungió señalándolo con el dedo. También por reflejar las dificultades que en este país tiene la cohabitación, incluso entre gente del mismo partido, oficialmente ña y carne durante años.

No cabría imaginar que el próximo expresidente haga este juego cainita –lo es sacarse con urgencia, noventa días antes de las elecciones, una reforma problemática con efecto dentro de unos años– para segarle la hierba bajo los pies al sucesor, pero tiene los mismos efectos que si ese fuese el propósito. De la idea no se deduce ningún beneficio electoral y si unas cuantas dificultades añadidas para su partido. Resultaría inimaginable si el candidato fuese el propio ZP, que en vísperas electorales hasta devolvió impuestos al contribuyente, incluso contra el criterio de su ministro y del sentido común. La cohabitación preelectoral ha liquidado el oportunismo, podría pensarse. No está claro. Dejémoslo en que permite un roce creativo entre intereses diferentes: el de quien quiere ganar las elecciones sin poder matar al padre; y el de quien quizás mira ya hacia la historia, para que le tenga como hombre de Estado que hacia de tripas corazón y actuaba solo por los intereses de España. A buenas horas manjas verdes.

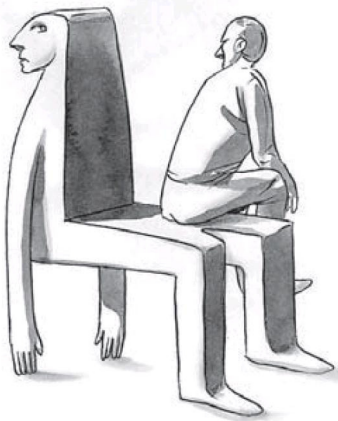
Pero el «yo no lo hubiese hecho así» tiene un interés aún mayor, pues revela la naturaleza caudillesca de los partidos en España: le pasa al PSOE, pero iguales circunstancias se dan en otros. La reconvención se la lanza al presidente el líder del partido, que lo ha sido todo en el Gobierno hasta hace un par de días. Viene a reconocer que se concede al jefe supremo una capacidad omnimoda, de moverse a sus anchas. Va por libre, sin siquiera necesidad de auscultar el criterio de su partido. Irremediablemente, este se plegará y se deshará en elogios, haga una cosa o su contraria. Si ZP se hubiese opuesto titánico a la sugerencia Sarkozy-Merkel –no nunca cambiaré la Constitución por la vía antisocial– el partido hubiese cerrado filas y derrochado parabienes. Decide doblar, decir amén e improvisar a la brava en agosto, pleno invierno, y el partido cierra filas inmediatamente, todos contigo hasta el final: también

derrama elogios sobre las virtudes del jefe, al que, dicen, no le duelen prendas por cumplir con su deber.

Es la constante: no hay criterio de partido, sí una pasmosa capacidad de decisión del dirigente (puede decir blanco o negro, según le dé) y ese peloteo institucional en que hacen trinchera haga lo que haga (con algún discolo para que el gallinero no parezca búlgaro).

La autonomía del jefe es plena. No es que elija entre las distintas opciones que marcan el programa y la ideología del partido. Es que tiene capacidad para decidir sobre cuestiones cruciales incluso si contravienen las posturas doctrinales: bajar los impuestos (es de izquierdas) o subirlos (también); quitar el aborto del programa del partido y llevarlo después a las Cortes; optar por la ideología antifranquista u olvidarse de la memoria histórica; sobrellevar la crisis repartiendo subvenciones ('política social') o bajar pensiones y sueldos de funcionarios.

Unas u otras opciones condicionan la política del partido, pero no emanan de directrices colectivas ni se atienen a la sensibilidad ideológica. Estos días resulta imposible encontrar un socialista que no despotrique en privado contra la reforma constitucional, y ya se ve. Del mismo modo, resulta improbable que, en su día, los militantes del PP estuviesen ansiosos por meterse en la guerra de Irak. O que, en el PNV, masivamente ansiaran las vías rupturistas del plan soberanista. Pero mandan los jefes, que ellos solos se lo guisan,



:: JOSE IBARROLA

aunque luego se lo coman entre todos.

Tal y como se han configurado, nuestros partidos no son el ámbito de elaboración ideológica y política. Sólo el instrumento de elegir al mando supremo –con criterios cuyas razones suelen escaparse al común–, apoyarlo y entusiasmarse: una estructura clientelar y vertical. Todo viene de arriba. Por eso el «yo no lo hubiera hecho» suena a lament. Pues lo ha hecho y les toca apechugar.

La frasecita de marras tiene otra lectura. Que el candidato pretenda desmarcarse vitalmente del presidente, dejando claro que él no hará estas cosas, y que la ciudadanía puede estar tranquila, pues no le sorprenderá con improvisaciones al buen tuntún. Suena esperanzador, pero hubiese sido más convincente si hubiese «no lo hagas, José Luis, o atente a las consecuencias». Las consecuencias las pagaría él, según la lógica de los partidos, pero bien podría haber pensado que de perdidos al río, que al menos la despedida y cierre tenga cierta dignidad.